unos superiores á otros, y otros á otros porque no faltase quien lo castigase con brevedad, y no fuese menester ir con cada delito á los jueces superiores con apelaciones una y mas veces, y de ellos á los jueces supremos de la corte. Decian que por la dilacion del castigo se atrevian muchos á delinquir; y que los pleitos civiles por las muchas apelaciones, pruebas y tachas se hacian inmorales, y que los pobres por no pasar tantas molestias y dilaciones eran forzados á desamparar su justicia y perder su hacienda; porque para cobrar diez se gastaban treinta. Por ende tenian proveido que en cada pueblo hubiese juez que definitivamente sentenciase los pleitos que entre los vecinos se levantasen, salvo los que se ofrecian entre una provincia y otra sobre los pastos ó sobre los términos, para los cuales enviaba el Inca juez particular, como adelante dirémos.

Cualquiera de los caporales inferiores ó superiores que se descuidaba en hacer bien el oficio de procurador, incurria en pena, y era castigado por ello mas ó menos rigurosamente, conforme á la necesidad que con su neglijencia habia dejado de socorrer. Y el que dejaba de acusar el delito del súbdito, aunque fuese holgar un dia solo sin bastante causa, hacia suyo el delito ajeno, y se castigaban por dos culpas, una por no haber hecho bien su oficio, y otra por el pecado ajeno, que por haberlo callado lo habia hecho suyo; y como cada uno, hecho caporal, como súbdito tenia fiscal que velaba sobre él, procuraba con todo cuidado y dilijencia hacer bien su oficio y cumplir con su obligacion, y de aquí nacia que no habia vagamundos ni holgazanes, ni nadie osaba hacer cosa que no debiese, porque tenia el acusador cerca, y el castigo era riguroso, que por la mayor parte era de muerte por liviano que fuese el delito, porque decian que no los castigaban por el delito que habian hecho, ni por la ofensa ajena, sino por haber quebrantado el mandamiento y rompido la palabra del Inca, que lo respetaban como á Dios; aunque el ofendido se apartase de la querella ó no la hubiese dado, sino que procediese la justicia de oficio ó por la via ordinaria de los fiscales ó caporales, le daban la pena entera que la ley mandaba dar á cada delito conforme á su calidad ó de muerte, azotes, destierros ú otros semejantes.

Al hijo de familia castigaban por el delito que cometia como á todos los demás, conforme á la gravedad de su culpa, aunque no fuese sino la que llaman travesuras de muchachos: respetaban la edad que tenia para quitar ó añadir de la pena conforme á su inocencia, y al padre castigaban asperamente por no haber doctrinado y correjido á su hijo desde la niñez para que no saliera travieso y de malas costumbres. Estaba á cargo del decurion acusar al hijo de cualquiera delito, tambien como al padre; por lo cual criaban los hijos con tanto cuidado de que no anduviesen haciendo travesuras ni desvergüenzas por las calles ni por los campos, que demás de la natural condicion blanda que los Indios tienen, salian los muchachos por la doctrina de los padres tan domésticos, que de ellos á unos corderos mansos no habia diferencia.

Nunca tuvieron pena pecuniaria ni confis cacion de bienes, porque decian que castigar en la hacienda y dejar vivos los delincuentes, no era desear quitar los malos de la república, sino la hacienda á los malhechores, y dejarlos con mas libertad para que hiciesen mayores males. Si algun curaca se revelaba, que era lo que mas rigurosamente castigaban los Incas, ó hacia otro delito que mereciese pena de muerte, aunque se la diesen, no quitaban el estado al sucesor, sino que se lo daban, representándole la culpa y la pena de su padre para que se guardase de otro tanto. Pedro de Ciezo de Leon dice de los Incas á este propósito lo que se sigue, y tuvieron otro aviso para no ser aborrecidos de los naturales, que nunca quitaron el señorío de ser caciques á los que les venia de herencia, y eran naturales; y si por ventura alguno cometia delito, ó se hallaba culpado en tal manera que me-

reciese ser desprivado del señorío que tenia, daban y encomendaban el cicazgo á sus hijos ó hermanos, y mandaban que fuesen obedecidos por todos, etc. Lo mismo guardaban en la guerra, que nunca descomponian los capitanes naturales de las provincias donde era la jente que traian para la guerra: dejábanles con los oficios: aunque fuesen maeses de campo, y dábanles otros de la sangre real por superiores, y los capitanes holgaban mucho de servir como tenientes de los Incas, cuyos miembros decian que eran siendo ministros y soldados suyos, lo cual tomaban los vasallos por grandísimo favor.

No podia el juez arbitrar sobre la pena que la ley mandaba dar, sino que la habia de ejecutar por entero so pena de muerte; por quebrantador del mandamiento real. Decian que dando licencia al juez para poder arbitrar, disminuian la majestad de la ley hecha por el rey, con acuerdo y parecer de hombres tan graves y esperimentado como los habia en el consejo; la cual esperiencia y gravedad faltaba en los jueces particulares, y que era hacer venales los jueces y abrirles puerta para que, ó por cohechos ó por ruegos, pudiesen comprarles la justicia, de donde naceria grandísima confusion en la república, porque cada juez haria lo que quisiese, y que no era razon que nadie se hiciese lejislador sino ejecutor de lo que mandaba la ley por rigurosa que fuese. Cierto, mirado el rigor que aquellas leyes tenian, que por la mayor parte por liviano que fuese el delito, como hemos dicho, era la pena de muerte, se puede decir que eran leyes de bárbaros. empero considerado bien el provecho que de aquel mismo rigor se le seguia á la república, se podrá decir que eran leyes de jente prudente que deseaba estirpar los males de su república, porque de ejecutarse la pena de la ley con tanta severidad, y de amar los hombres naturalmente la vida y aborrecer la muerte, venian á aborrecer el delito que la causaba; y de aquí nacia, que apenas se ofrecia en todo el año delito que castigar en todo el imperio del Inca; porque todo él, con ser mil y trescientas leguas de largo, y haber tanta variedad de naciones y lenguas, se gobernaba por unas mismas leyes y ordenanzas, como si no fuera mas de sola una casa; valia tambien mucho para que aquellas leyes las guardasen con amor y respeto, que las tenian por divinas; porque como en su vana creencia tenian á sus reyes por hijos del sol, y al sol por su dios, tenian por mandamiento divino cualquiera comun mandato del rey, cuanto mas las leyes particulares que hacia para el bien comun. Y así decian ellos que el sol las mandaba hacer, y las revelaba á su hijo el Inca; y de aquí nacia tenerse por sacrílego y anatema el quebrantador de la ley, aunque no se supiese su delito; y acaeció muchas veces que los tales delincuentes, acusados de su propia conciencia, venian á publicar ante la justicia sus ocultos pecados; porque además de creer que su ánima se condenaba, creian por muy averiguado que por su causa y por su pecado venian los males á la república, como enfermedades, muertes, malos años y otra cualquiera desgracia comun ó particular, y decian que querian aplacar á su dios con su muerte para que por su pecado no enviase mas males al mundo; y de estas confesiones públicas entiendo que ha nacido el querer afirmar los historiadores españoles que confesaban los indios del Perú en secreto como hacemos los cristianos, y que tenian confesores diputados, lo cual es relacion falsa de los indios, que lo dicen por adulor los españoles y congraciarse con ellos, respondiendo á las preguntas que les hacen conforme al gusto que sienten en el que les pregunta, y no conforme á la verdad, que cierto no hubo confesiones secretas en los indios (hablo de los del Perú) y sino las confesiones públicas que hemos dicho pidiendo castigo ejemplar.

No tuvieron apelaciones de un tribunal para otro, en cualquier pleito que hubiese civil ó criminal, porque no pudiendo arbitrar el juez, se ejecutaba llanamente en la primera

de las grandes avenidas del Nilo. Bernal Diaz la compara á un inmenso tablero, y con razon porque se hallaba dividida en cuadros regulares. Del mismo modo que la vemos en el fragmento del plan de esta capital, delineada hácia la época del último de los Motezumas, y que Mr. Bullok ha adquirido y publicado.

Cada uno de los cuadros grandes ó pequeños tenia un templo sobre cuyo frontispicio se leia en caractéres aztecas el nombre del dios ó diosa á quien se consagraba. La circunferencia del antiguo Méjico era de cerca de diez millas, y el número de sus casas de sesenta mil. Podia graduarse su poblacion de unas trescientas mil almas. Sus calles se lavaban y limpiaban todos los dias; y por numerosos canales se abastecia de las provisiones necesarias á su consumo que de varios puntos llegaban. Una buena cantidad de puentes de madera suficientemente anchos para pasar diez caballos de frente, unian entre sí los diferentes cuarteles, como en nuestras ciudades de Europa. Méjico estraia el agua de sus fuentes, de los manantiales de Chapoltepec conducida por un acueducto, obra admirada de los Españoles. Estas aguas introducidas en tubos de tierra cocida se distribuian por todos los puntos de la ciudad. Las relaciones antiguas hablan con admiracion, y ciertamente con exajeracion del carácter grandioso de los edificios de aquella real ciudad.

Todos los templos se parecen en lo esterior, pero el grande Teocali se distingue de los demás por su inmensa estension, sus ajigantadas proporciones, y su destino. Data su fundador desde 1486. Seis años antes del descubrimiento de la América por Cristóval Colon. Su recinto designado por muros muy espesos de ocho piés de altura, guarnecidos de almenas en forma de nichos, y cubiertos de relieves de piedras, que representan serpientes enlazadas, le dan el aspecto de ciudad cuidadosamente fortificada. Sus cuatro puertas correspondian á los cuatro puntos cardinales. La grande pirámide que se elevaba en el centro reunia las mismas caras, comunes á los edificios de este jénero asiático ó ejipcios. El monumento mejicano tenia noventa y siete metros en su base, y treinta y siete de altura, manifestaba la figura de un cubo enorme. Distinguíanse cinco pisos ó asientos. Una grande escalinata conducia á la cima de esta pirámide truncada, y allí sobre la misma plataforma, se elevan dos altaritos con dos capillas en forma de torres. Se mostraban dos feísimos ídolos, el uno de Tezcatlipoca, la primera de las divinidades Aztecas, despues de Teotl, ó el ser supremo invisible, y el otro de Huitzilopochtli, dios de la guerra, y tambien dios protector de los Aztecas, á quien el templo era particularmente dedicado, tambien se encontraba allí, no menos fea que los ídolos, la piedra de los sacrificios, piedra verde sobre la cual estendian los sacerdotes las víctimas humanas. Treinta y nueve capillitas consagradas á otras tantas divinidades rodeaban la grande pirámide, cuyo interior servia, como ya la hemos notado para sepulcros de reyes y principales señores mejicanos. Tambien los reyes y nobles tenian sus oratorios al rededor del templo, en que se encerraban jardines, fuentes, las habitaciones de los sacerdotes, y algunos conventos de hombres y mujeres. Afirma Cortés que en aquel local podrian haberse construido quinientas casas. Allí fué, en donde seguido de sus oficiales superiores, y acompañado de Motezuma, obtuvo en los primeros dias de su llegada, el permiso de penetrar. Allí fué sobrecojido de horror al aspecto de una muralla de cabezas y huesos de hombres simétricamente alineados; ó la vista del pavimento enrojecido con la sangre de las víctimas, el mal olor que exhalaba este horrible osario, y allí, en donde no pudiendo Cortés contener su indignacion, prorrumpió en imprecaciones contra los ídolos y su culto infernal (1).

(1) He aquí la relacion de Clavijero. «Los Españoles algunos dias despues de su llegada, subieron á la plata-forma del gran templo. Motezuma que les permitia esta visita les habia precedido, á fin que su presencia les impidiese algun atentado reprensible. Desde aquel punto culminante pudo observar Cortés á su placer el conjunto de la ciudad y todo el pais que la rodea. Despues de haber visto bien este vasto panorama, le ocurrió penetrar en el santuario, lo que se le concedió con consentimiento de los sacerdotes. Entrados los Españoles en el santo lugar, vieron con horror las huellas de los sacrificios humanos, y la ceguedad de los Mejicanos por semejante culto. Cortés mas irritado que todos volviéndose hácia Motezuma le dijo bruscamente. «Estraño que un príncipe tan sabio como vos pueda adorar como imájenes de dioses, estas abominables figuras de demonios.» A estas ultrajantes palabras se contentó Motezuma de contestar, «Si yo hubiera podido sospechar que hablariais de nuestros dioses con tanta irreverencia, jamás hubiera consentido introduciros en su templo. Viendo Cortés la irritacion del Monarca, tomó una escusa frívola, y se despidió al instante para retirarse á su cuartel, «Id en paz, le dijo Motezuma. yo quedo aquí para apaciguar con mis ruegos á los dioses que habeis ultrajado.

Si de los templos de los dioses pasamos con los Españoles á los palacios reales, les vemos bajo la forma de una reunion de casas espaciosas aunque bajas. La residencia habitual de Motezuma era un vasto edificio, construido de piedra, cal y canto. Tenia veinte puertas que daban á plazas públicas y distintas calles. Veíanse tres patios muy grandes adornados de fuentes con surtidores, y salas de recibo, en una de las cuales se colocaban tres mil hombres cómodamente. Obsérvanse en seguida corredores con cuartos, los unos incrustadas las paredes de piedras pulimentadas y brillantes y las otras con puertas y antesonados de cedro y de ciprés esculpidos. En aquel recinto del real asilo, los antiguos crónistas del tiempo de Cortés nos enseñan el serrallo de las mujeres, los alojamientos de los ministros, de los grandes dignatarios del reino, de los oficiales del monarca, y de su numerosa y brillante corte. Tambien pertenecian á Motezuma en el antiguo Méjico varios palacios destinados á los reyes aliados, á los príncipes tributarios, á los nobles viajeros y otros reservados para algun santo uso; servian de hospicio á los viejos, á los pobres, á los impedidos, á los enfermos indijentes, mantenidos y cuidados á espensas del tesoro.

Otros edificios públicos llamaban tambien la atencion. Eran estos, cuadras ó corrales, de que la Europa no presentaba entónces modelo. Una de ellas se componia de muchas habitaciones bajas, y galerías sostenidas por colunas de mármol de una sola pieza. Estas galerías daban á un vasto jardin, cargado de árboles y muchos estanques, unos de agua dulce y otros de agua salada, destinados á las aves acuáticas. Habia en aquel sitio pájaros mansos y tranquilos, cuyas plumas brillantes y variadas servian para componer los injeniosos mosaicos de los Aztecas. Se les daban los mismos alimentos que ellos acostumbraban en su estado de libertad, granos, frutos ó insectos. Trescientos hombres estaban destinados á cuidarlos, teniendo sus médicos ordinarios que habitaban en el mismo local, observando sus enfermedades y dándoles prontos remedios. Algunos de estos empleados vijilaban los huevos durante su incubacion. Otros, en ciertas estaciones recojian las plumas para el trabajo de los mosaicos. Este corral ocupaba el lugar en donde se ve hoy el convento de san Francisco.

El otro edificio destinado á los animales feroces se componia de un gran número de departamentos subterráneos de mas de seis piés de profundidad, sobre diez y seis de lonjitud, y de espaciosos patios valdosados y divididos en estancias. Aquí estaban encerrados el águila real y los buitres, los jagnars, (Tigres), los leones, los lobos, los gatos monteses y demás bestias feroces. Se les alimentaba con gansos, liebres y conejos, y lo que es horrible de referir, con las entrañas de las víctimas humanas. Los feos cocodrilos se ajitaban en sus viviendas rodeadas de paredes, y serpientes de todos los colores, guardadas en anchas cubetas ó barricas, hacian oir sus espantosos silvidos. Los peces tenian sus receptáculos particulares, de los cuales existen hoy dos sumamente bellos y pueden verse en el palacio de Chapoltepec.

En uno de los edificios reales se habia colocado el grande Arsenal del

imperio, en donde toda suerte de armas ofensivas y defensivas, y todos los estandartes, ó enseñas militares usadas en los pueblos del Analhuac se hallaban reunidas. Un inmenso número de obreros habia allí empleados en la fabricacion de armas; y en otros edificios se veian talleres de pintores, escultores y plateros trabajando constantemente para la real casa. Tambien existia un cuartel en donde se educaban comparsas de bailarines para los placeres del rey.

Entre todas estas bellezas del antiguo Méjico, los jardines botánicos unidos á los palacios reales ó mensajerías, eran los objetos mas notables. Cultivábanse las plantas mas raras, las flores mas brillantes como las mas comunes, con tanto cuidado que admiró á los Españoles en cuya nacion nada podian comparar con los establecimientos de este jénero. Las Antillas en donde acababan de establecerse no les ofrecian ningun monumento artístico. Allí, chozas en vez de palacios; insulares, casi en el estado de la naturaleza, y desnudos bajo un clima ardiente, pasaban su vida en una dulce calma y hallaban en su fácil cultivo y su salvaje industria, lo que podia bastar á satisfacer el corto número de sus necesidades.

Muy diferente era el espectáculo que presentaba la capital de Motezuma. En ella se distinguia una civilizacion particular que ni Cortés ni sus compañeros presumian hallar. Esta circunstancia influyente en su juicio debió sin duda llevarlos á un punto de exajeracion que parece natural en su posicion, y si se añade, que para nombrar los objetos nuevos que se les presentaban á la vista, no conocian otras espresiones que las usadas en Europa para referir los detalles de un órden social enteramente distinto, se esplican, fácilmente los errores que pudieron cometer al trazar el cuadro de la Corte del monarca. A aquellos, pues, corresponde la responsabilidad de esta pintura que tiene algo de oriental y fantástico.

Cada mañana iban á palacio seiscientos señores feudatarios simplemente vestidos, porque les era prohibido presentarse al Rey con ricos atavíos: los piés desnudos, pues habia una órden para todo aquel que entraba en la rejia habitacion, de dejar el calzado en la puerta esterior. Estos nobles iban á pasar el dia en las antecámaras. En ellas se mantenian silenciosos, y si hablaban era en voz baja. Introducidos á presencia del monarca se prosternaban tres veces, diciendo en el primer saludo: «Señor,» en el segundo, «Monseñor,» y en el tercero, «Alto y poderoso señor.» En seguida le dirijian sus preces, ó le pedian sus órdenes con la cabeza baja en la humillante actitud de esclavos. Trasmitíaseles la respuesta del rey por uno de sus secretarios: hecho esto, se retiraban los nobles marchando hácia atrás sin levantar los ojos.

Esta sala de audiencia merece una ojeada. Era el comedor en donde vemos al monarca sentado en una poltrona muy baja, y delante una ancha almohada que le servia de mesa. Los manteles, servilletas y toalla de una tela de algodon finísima, eran de una blancura brillante. Numerosos eran los platos de la comida real, pues ocupaban una gran parte del pavimento de la sala. La caza, el pescado, las legumbres y frutas se presentaban allí condimentados de mil modos, tan variado era el arte de cocina y sus recursos. Copas de oro, ó de conchas mariscas perfectamente trabajadas, las unas llenas de chocolate, y las otras de diferentes licores de cacao, adornaban este espléndido servicio. Cuatrocientos señores jóvenes hacian de pajes: tomaban los platos, los presentaban á S. M. y se retiraban luego que estaba sentado. El rey con una varilla señalaba el que le apetecia, y el resto se distribuia entre los nobles, que hemos dejado en las antecámaras. Cuatro muchachas, seis ministros, y el escudero trinchante asistian á la comida del rey. Este oficial tenia el encargo de cerrar la puerta desde el instante que el rey tomaba su lugar, á fin que nadie entrase á verle comer. Ninguno de los asistentes le dirijia la palabra. Las señoritas y el escudero trinchante le servian, y le presentaban el pan de maiz cocido con huevos. Tocaba una orquesta durante la comida, ó bien algunos bufones de oficio, enanos ó jorobados, le divertian con historias jocosas, y agudezas graciosas. Decia Motezuma que en medio de sus locuras, descubria muchas veces útiles noticias y revelaciones importantes de que se aprovechaba, medio injenioso, empleado probablemente, para que llegasen hasta su solio verdades, que sus hombres de estado no hubieran osado manifestarle, y que hubiera tal vez hallado inoportunas y aun dignas de castigo en boca de súbditos leales y adictos.

Despues de comer le presentaban una gran pipa de caña ricamente guarnecida, y se dormia fumando. Al dispertar recibia á los grandes del reino, despues los poetas músicos le cantaban las hazañas de sus antepasados, y los gloriosos sucesos de la patria. Otras veces se divertia en ver cierta especie de saltimbanquis hacer pruebas de habilidad y saltos en la cuerda. Unas veces se paseaba por sus parques cazando: otras iba á ver sus casas de campo. Cuando salia era llevado en hombros de los nobles en una pequeña litera cubierta de un rico palio, y seguido de un numeroso acompañamiento de cortesanos. A su paso se detenia el pueblo; hombres y mujeres cerraban los ojos, como temiendo ser deslumbrados por el resplandor de S. M. y si bajaba de su litera, se estendian tapices ó alfombras delante de él, segun lo hemos indicado en su primera entrevista con Cortés. Motezuma se bañaba todos los dias. Mudaba de vestido cuatro veces al dia, y jamás volvia á usar el que se quitaba: lo regalaba á sus nobles oficiales, ó á algunos de sus soldados que se habian distinguido con alguna señalada accion.

Las mujeres de su serrallo que ya no tenian la fortuna de agradarle, las distribuia tambien como regalos entre sus favoritos. Tales eran en 1520 la ciudad y corte del rey de los Aztecas.

La fortuna de Cortés parecia completa: llegado al centro de la capital de un grande y populoso reino: tratado por su monarca con las atenciones que ningun mortal habia obtenido hasta entónces: temido de los pueblos como un ser privilejiado que dispone del rayo, y de monstruos tan lijeros como el aire: mandando á soldados intrépidos y adictos, que nada encontraban imposible, todo debia augurarle un porvenir feliz, y su confianza en los acontecimientos sucesivos apoyarse en los anteriores. En estos pensamientos consoladores se mezclaban, sin embargo, reflexiones menos gratas: aunque vencedor se veia como encerrado en el centro de una ciudad inmensa, cuya estraña construccion; la disposicion de su terreno, y la naturaleza de las vias de comunicacion le ofrecian tantos medios de defensa. Cortados los puentes y los caminos, y obstruidas las calles con barricadas, quedaba cojido, y preso en el lazo. Los Tlascaleños le habian mas de cien veces advertido, no se fiase de las palabras de Motezuma, de sus promesas ni de sus beneficios. Repetíanle, ser una imprudencia descansar en su fe: que no habia permitido la entrada de los Españoles en la capital sino por consejo de los sacerdotes, y para aniquilarlos de un solo golpe: que su amistad y atenciones eran un velo con que cubria sus pérfidos designios: sus ricos presentes sus palabras dulces, y sus consideraciones semejaban á las flores que ocultan el borde de un precipicio, allí colocadas por algun jenio maléfico para atraer al pasajero á su ruina. Cortés participaba de estos temores de aliados fieles, y todo le conduia á creer, que la espedicion del jeneral mejicano contra los Totonacos, por la que Escalante habia perdido la vida, era obra del rey, ó al menos la habia tolerado. El acontecimiento de Cholula le parecia asimismo acusar la franqueza del monarca. Sabia tambien por sus espias, que si la masa popular, no se ocupaba mas, que de sus negocios, de ceremonias relijiosas y de regocijos públicos; los nobles no mostraban la misma indiferencia. Entre ellos la irritacion era grande y jeneral. Su aspecto revelaba proyectos hostiles; sentíanse pro-

fundamente heridos por la presencia del estranjero y hablaban sin reserva sobre los medios de espulsarlo, ó acabar con él, cerrándole toda retirada. Los sacerdotes no estaban mejor dispuestos, temian el celo fanático de Cortés, y le señalaban como el enemigo de los dioses, suponiéndoles indignados de su presencia en aquella rejia ciudad. Puestos los ánimos en tal estado, una sola palabra de Motezuma podia llamar á las armas, todo el pueblo de la gran capital. No lo ignoraba Cortés, pero fundaba sus esperanzas en la irresolucion y debilidad del monarca. Sabia que nadie se moveria sin su órden, ni contra su voluntad, única ley del imperio. Tales datos debieron naturalmente influir en la política del jeneral español, y convencerle de que Motezuma aunque tal vez pérfido, carecia de enerjía, no tenia fuerza de accion, y menos adicto al honor que á la vida, era un escudo de cuya posesion debia asegurarse. Motezuma era para él un rehen sagrado, una garantia de la obediencia de todo un pueblo. Por otra parte consideró, que poniendo la mano sobre el príncipe, que nadie osaba tocar, y teniéndolo prisionero en su palacio, daba Cortés de sí mismo y de sus Españoles, una idea sobrehumana, haciendo del terrorismo un poderoso apoyo. Bajo semejantes impresiones se decidió á apoderarse de este pobre monarca, y á retenerlo prisionero á la vista de los suyos. Para ello creyó, sin embargo, reunir su consejo, y someterle un proyecto del cual dependia la salvacion del ejército. Cortés lo presentó como uno de esos partidos estremos que el derecho de jentes reprueba, pero que la necesidad lejítima. Hablaba á hombres valientes y tan decididos como él, aunque ninguno de ellos poseia la estension de su golpe de ojo, dividiéronse por lo mismo, las opiniones: creian algunos que este acto de autoridad era impracticable, y traeria consigo la total ruina de los Españoles: otros se inclinaban á la retirada, calculando, que era mas prudente y ventajoso concluir con Motezuma un tratado de alianza, y despues retirarse á Veracruz; pero la voz de Cortés habia encontrado eco en los corazones de varios oficiales. El ardiente Velazquez de Leon, y el temerario Sandoval, adictos decididos, se mostraron celosos partidarios de la medida propuesta. Cortés la encomió con tanto arte y conviccion, que concluyeron por adoptarla unánimemente.

Si el atrevimiento de tal empresa tiene algo de estravagante, el modo de llevarla á efecto es una nueva gloria para Cortés. En ella se reconoce toda su prudencia y sagacidad. El juzgó que una grande ostentacion de fuerzas despertaria sospechas, é imposibilitarian el resultado, ó al menos seria muy dudoso y que aventurando un ataque violento debia al fin sucumbir. Un golpe de mano ejecutado por algunos hombres le pareció el solo medio de conseguir su objeto sin entrar en lucha contra fuerzas cien veces superiores á las suyas. Elijió, pues, cinco de sus oficiales mas arrojados, Sandoval, Alvarado, Velazquez de Leon, Lugo y Dávila, y cinco soldados no menos valientes para acompañarlo á palacio. Otros veinte y cinco soldados escojidos los seguian, no como tropa reglada, sino de dos en dos, y marchando á intervalos como si la casualidad dirijiese sus pasos. Todos los diferentes cuerpos de su ejército, españoles y tlascaleños se pusieron á las órdenes de Olide y de Diego de Ordaz, con órden formal de estar prontos á marchar á la primera señal. Luego que Cortés y su comitiva se presentaron en palacio, fueron introducidos y admitidos á la audiencia del rey, como se tenia costumbre de obrar con los Españoles. Los nobles mejicanos se retiraron respetuosamente. La conversacion varió en un principio sobre objetos insignificantes. El rey se manifestó lleno de benevolencia y atencion por los Españoles haciendo que todos se sentasen. Distribuyóles algunas alhajas de oro, y presentó á Cortés una de sus hijas rogandole se casase con ella. Cortés rehuso este honor con las palabras mas políticas,

escusándose con que siendo casado no le permitia su relijion tener dos mujeres; no obstante admitió á la jóven por compañera con el objeto de volverla cristiana. Otras jóvenes muchachas tan nobles como hermosas de las del serrallo, presentó y ofreció á los oficiales de Cortés, el cual impaciente por llegar al objeto de su visita, cortó bruscamente la conversacion, y con un tono muy diferente del hasta entónces usado, echó en cara al rey con viveza las hostilidades cometidas por el señor de Nauhtlan contra los Españoles, pidiéndole una reparacion pública por la muerte de algunos de sus compañeros, y el insulto hecho al príncipe de quien eran los enviados. Confundido Motezuma con esta acusacion inesperada y cambiando de color, ya porque era culpable, ó por resentirse de la indignidad con que se le trataba, protestó de su inocencia con palabras sumamente vivas y sentidas, pretendiendo que solo los Tlascaleños pudieran haber inventado tan atroz calumnia, y porque no quedasen en duda sus buenas intenciones, y como una prueba de su lealtad, encargó en aquel mismo momento á dos de sus correos fuesen á Nauhtlan, se apoderasen de Quauhpopoca, y de cuantos habian tenido parte en los asesinatos de los Españoles, y los condujesen de grado ó por fuerza á Méjico. Entregó á los comisionados un anillo, que llevaba en el dedo, y en el que estaba grabado el signo jeroglífico del dios de la guerra Huitzilopochtli. La presentacion de este anillo atestiguaba la voluntad suprema del monarca y era, en manos del enviado la prueba de su mision. Los dos correos partieron al instante, y el rey dijo á Cortés: «¿Qué puedo hacer yo ahora para acreditaros mi lealtad?» Yo no dudo de ella replicó Cortés, pero para destruir del espíritu de vuestros súbditos toda idea de que la accion de Nauhtlan es obra vuestra, y asegurar al mismo tiempo á mis compañeros de vuestras buenas intenciones, abandonad vuestro domicilio, y venid á habitar con nosotros. Allí seréis rey lo mismo que en vuestro palacio, y servido como un gran monarca. Por semejante medio quedará mi soberano enteramente satisfecho, y mis soldados llenos de orgullo con tal honor podrán tener un abrigo bajo la proteccion de vuestra majestad. A esta estraña proposicion, tan artificiosamente presentada, el desgraciado rey, quedó largo tiempo sin habla, y casi sin movimiento. Pero reanimado por la indignacion, respondió con altanería, que las personas de su rango no estaban acostumbradas á constituirse voluntariamente prisioneras, y que aun cuando él tuviese la debilidad de consentir en ello, no consentirian sus súbditos que tal afrenta se hiciese á su soberano. Queriendo evitar Cortés los medios violentos, se esforzó alternativamente en suavizarlo, é intimidarlo. La disputa era acalorada; habian trascurrido tres horas en la discusion, y cualquiera dilacion era ya peligrosa, cuando Velazquez de Leon, jóven tan valiente como impetuoso, dirijiéndose á Cortés, y esforzando su atronadora voz gritó. ¿Porqué jeneral gastais palabras en vano? Es preciso que este indio sea nuestro prisionero, ó que muera: si se resiste, voy á hundir mi espada en su corazon. Hoy debemos nosotros asegurar nuestras vidas ó perderla todos.

Espantado Motezuma tanto del tono de esta voz, como del modo feroz de Velazquez, rogó á Marina le esplicase el discurso de este Español. Hízolo esta con toda la habilidad de un diplomático.» Como súbdita vuestra, dijo al rey, con aire candoroso é interesante deseo, que no recibais el menor daño, pero como intérprete de estos hombres, conozco su secreto y su carácter. Si accedeis á sus deseos os tratarán con honor y con el respeto que los reyes se merecen, pero si persistis en vuestra negativa, vuestra vida se halla en el mayor riesgo: ningun escrúpulo tendrán en mataros en el acto.» Esta esplicacion decidió á Motezuma. Desde la llegada de los Españoles se debilitaba de dia en dia su valor. Las circunstancias lo dominaban, y el terror pánico

que dirijia todas sus resoluciones iba á perecer en el momento sino obedecia, y abandonándose á su suerte se puso en manos de los Españoles.» A vosotros me confio, les dijo, ya que los dioses así lo quieren. Llamó á sus criados, hizo preparar su litera, y se trasladó al cuartel de Cortés con todo el aparato del poder soberano, y bajo la severa custodia de los compañeros de Cortés. Los empleados en su servicio, y los señores adictos á su persona le acompañaron en silencio con las lágrimas en los ojos. De este dolor mudo, sin embargo, no participaba el pueblo: el suyo era ruidoso y amenazador, pronunciábanse imprecaciones contra los raptores del rey. De todas partes este pueblo indignado queria acudir á las armas para castigar en los estranjeros el sacrilejio... Solo Motezuma siendo su prisionero podia protejerles. Así lo hizo, fuese á sus ruegos, ú obedeciendo á sus amenazas, anunció á la muchedumbre exasperada que se ponia voluntariamente en poder de los Españoles, habiendo elejido el lugar de su residencia, para establecer en él su corte, y que se proponia pasar algun tiempo con ellos. Todo esto dicho con aire de calma y un rostro risueño, hizo que la multitud acostumbrada á respetar la voluntad del rey se dispersase tranquilamente.

De este modo un poderoso monarca, se vió en medio de su capital, y á la luz de un claro dia, arrebatado por un puñado de estranjeros, y conducido prisionero sin resistencia y sin combate. Nada presenta la historia de comparable á este acontecimiento, ya sea por la temeridad de la empresa, ya por el resultado de la ejecucion, y si todas las circunstancias estraordinarias del hecho, no constasen por los mas auténticos testimonios, parecerian tan estravagantes é increibles que ni aun el menor grado de verosimilitud podria admitirse en la formacion de un romance.

La vida de Motezuma en su honrosa prision era, á poca diferencia la misma que observaba en su propio palacio; admitia iguales etiquetas, y el mismo ceremonial. Sus ministros, sus cortesanos, y los principales señores de su nobleza, iban á trabajar con él, ó á hacerle la corte como de costumbre. Sometíanle los negocios del estado como en los dias de su independencia, serviase su mesa con el mismo aparato, igual magnificencia, é idénticas prodigalidades, y él por su parte conservaba relijiosamente las tradiciones de la corona, y únicamente varió no dando á sus súbditos los restos de su mesa, sino á los soldados Españoles.

Bien pronto se conformó con su situacion. Su nuevo jénero de vida no le era desagradable, llegando á serle plácida la sociedad de sus guardianes, y se aficionó particularmente á aquellos Españoles que le parecieron mas distinguidos por su nacimiento, modales, talentos, y cualidades del espíritu. Pero entre todos Cortés, y Pedro Alvarado notable por las gracias de su persona, y suma agilidad en los ejercicios, y por lo festivo de su jenio, eran los preferidos. Gustábale jugar con ellos á cierto juego llamado bodoque, y mostrar su liberalidad distribuyendo al instante cuanto ganaba entre los soldados Españoles. Tenia Cortés por su parte gran cuidado en que su ilustre prisionero fuese tratado con el mas profundo respeto, y se le vió en cierta ocasion castigar con él último rigor á un soldado que habia hablado del rey con poco decoro. Estudiaba los medios, no solo de suavizar el destino del monarca, sino de hacerle agradable su permanencia en él. Aumentábase de dia en dia su influencia en el espíritu del abatido rey, y los que no hubiesen visto á Motezuma en todo su poderoso esplendor, apenas le hubieran reconocido como un desgraciado prisionero. Cortés permitia al pobre príncipe visitar sus templos, sus casas de campo, sus hermosos jardines de Chapoltepec. Dejábale ir á caza, y á pescar dentro de su real canoa sobre el lago; pero en todas estas espediciones era acompañado por oficiales y soldados españoles, que no le perdian de vista ni un solo instante.

Este estado de cosas, que mostraba resignacion por una parte, y por la otra una piedad respetuosa é interesada, fué turbado por un acontecimiento que acibaró la situacion de Motezuma, y dilató el círculo de sus humillaciones. Quince dias habian trascurrido desde su arresto, cuando se anunció la llegada del jeneral mejicano que habia batido á los Españoles de Veracruz, el cual, apenas recibió la órden de su señor, se puso á disposicion de los enviados de Motezuma, y estos lo condujeron con su hijo, y otros muchos señores del pais, complicados en la misma causa.

Quauhpopoca, llevado en una magnífica litera se presentó al rey con toda la confianza de un servidor fiel y celoso, que habiendo llenado bien su deber, no espera mas que elojios. Pero con asombro suyo, vió que Motezuma lo recibia con todas las muestras de la mayor indignacion, y sin querer oirlo, lo entregó á Cortés para que fuese juzgado y sentenciado como traidor. Interrogado Quauhpopoca al principio, y amenazado despues con el tormento, declaró haber obrado en virtud de órdenes del rey. Esta confesion no salvó la vida al desgraciado jeneral; se le condenó á ser quemado vivo, y con él tres de sus oficiales. El mismo Cortés anunció esta cruel sentencia á Motezuma, añadiendo: «Vos deberiais ser castigado como el autor del crímen, pero vuestra conducta para conmigo en estos últimos tiempos, me aconseja la induljencia: sin embargo, vuestra complicidad no puede quedar impune.» A estas palabras se presentó un soldado español con unos grillos en la mano, á quien Cortés le ordenó sujetase al instante con ellos los piés del monarca. Penetrado este de que su persona era sagrada é inviolable, quedó mudo de horror á la vista de semejante ultraje, que consideró como el preludio de su cercana muerte. Su dolor le hizo por fin prorrumpir en un sentido y amargo llanto que secundaron los señores y su servidumbre que se hallaban presentes. Algunos cortesanos le consolaban puestos de rodillas como ante una divinidad ultrajada; otros levantaban los hierros para aliviarle su peso; y mientras estas cosas pasaban, otro acto mas inhumano todavía se perpetraba delante del palacio real. Allí fueron conducidos los otros tres sentenciados. Una inmensa hoguera dispuesta para su suplicio se elevaba en medio de la plaza concurrida por muchos millares de Indios, espectadores inmóviles y estúpidos de la atroz venganza de los Españoles. Esta hoguera sobre la que se hizo subir al jeneral y sus oficiales, estaba formada de todas las armas recojidas en los arsenales del rey para la defensa pública. En un momento fueron estos infelices consumidos por las llamas, y ni una sola voz se levantó contra sus verdugos.

Terminada tan horrible ejecucion; Cortés, seguido de Albarado y otros oficiales, pasó á ver á Motezuma, y acercándosele con aire de bondad y cariño, le quitó apresuradamente y con sus propias manos, los grillos que poco antes le habia mandado poner, diciéndole, que todo estaba ya olvidado, y que su respeto y adhesion por su persona no tenian límites. Motezuma, que en un principio habia mostrado su escesiva debilidad, indigna de un hombre, pareció aun menos hombre en esta ocasion. Desde el esceso de la desesperacion, pasó á los mas bajos trasportes de agradecimiento; prodigóle gracias infinitas, y no se avergonzó de dirijir profusamente halagüeñas lisonjas á quien acababa de hacerle sufrir tamaña humillacion, y de ultrajar á todo un gran pueblo en su persona.

Bien pronto tomaron las cosas su acostumbrado aspecto. Motezuma no fué para los Españoles mas que un manequí, teniendo con su arresto una porcion de millones de hombres en la inaccion; y si hubiesen tenido tanta prudencia como suerte, Méjico hubiera sido suyo sin disparar un tiro. Pero otro desenlace se reservaba á este drama. Sus actores debian conservar el mismo carácter hasta el fin, cada uno de ellos debia desempeñar el papel que la providencia le tenia designado, y dar al mundo un trájico y grandioso espectáculo.